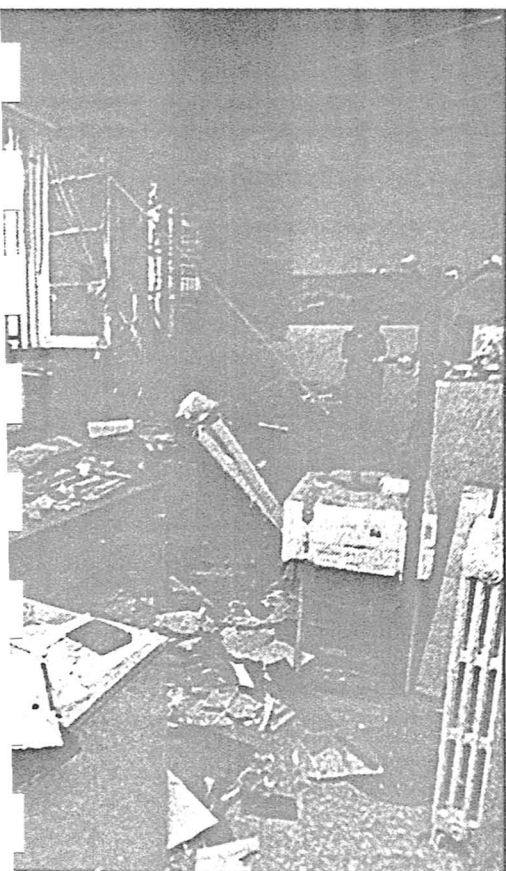
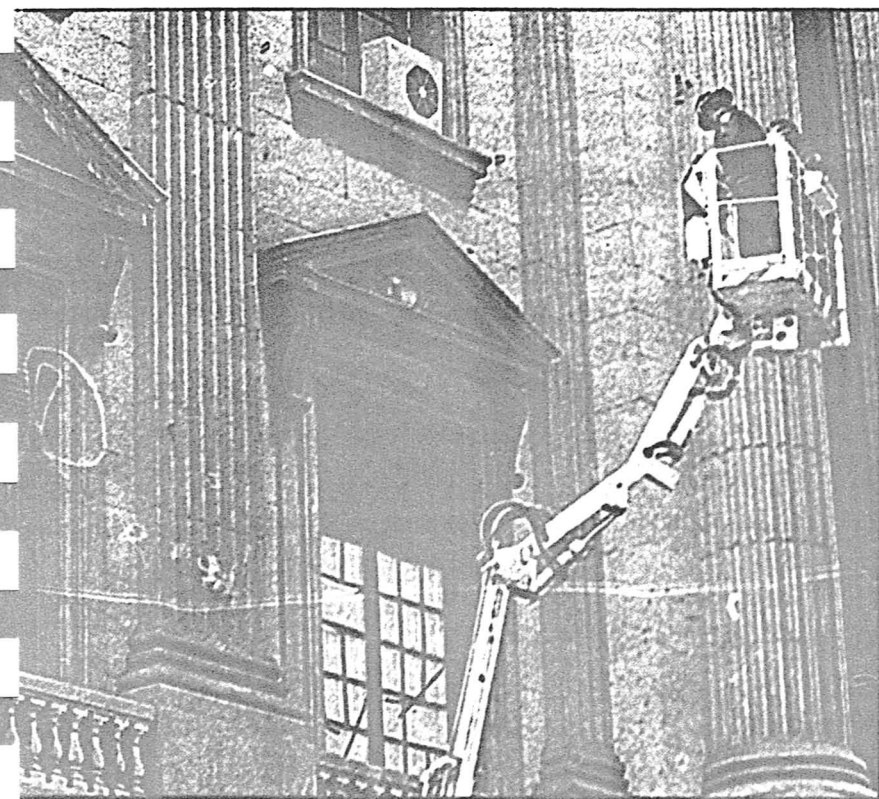


DE ETA

niestra ruleta

el azar de que la granada explote unos metros más allá”



CONSUELO BAUTISTA / ANTONIO ESPEJO

Impacto que dejó la primera granada entre las dos
militar (arriba). Interior de uno de los despachos del

Un impreciso sistema estrenado en 1980

EL PAÍS, Barcelona
ETA ha cometido 23 atentados con lanzagranadas desde 1980. La última acción de estas características fue cometida hace cuatro años contra la casa cuartel de la Guardia Civil de Balmaseda (Vizcaya) sin producir víctimas.

Fue la extinta ETA político-militar (ETA p-m), algunos de cuyos militantes se integraron en ETA militar (ETA), la que estrenó este sistema, caracterizado por su imprecisión, el 9 de enero de 1980 con un lanzamiento contra el Gobierno Civil de Navarra. La mayoría de los blancos de los lanzagranadas han sido acuartelamientos policiales o edificios oficiales. El segundo atentado con lanzagranadas fue contra el palacio de la Moncloa: un cohete de fabricación norteamericana impactaba en el helipuerto del complejo el 22 de febrero de 1980.

Vicente Beti, la víctima mortal de ayer, es el segundo muerto que se cobra la banda terrorista con este sistema: Un policía falleció el 17 de abril de 1982 y otros seis resultaban heridos al ser alcanzada por varias grana-

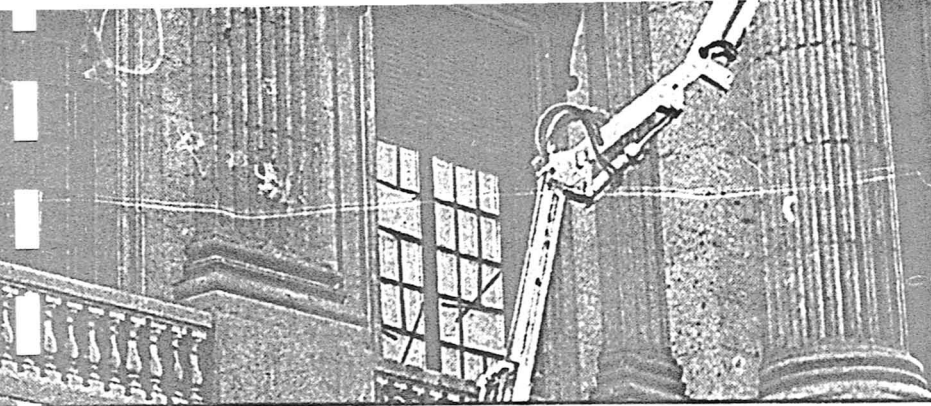
La ciudad erizada

ARCADI ESPADA

De pronto, en días como hoy, la ciudad se eriza. Es, precisamente en días como hoy, cuando puede hablarse de la ciudad como un todo. Por las autopistas de la comunicación vuelan raudos los primeros mensajes, aún inciertos: algo ha explotado junto al puerto, hay humos y gritos y algunos hombres tendidos en el suelo. Minutos antes, un compañero del diario habla por el teléfono: algo me pasó por encima y luego dos explosiones, casi me coge. En media hora, todo está decidido y anotado, puesto en sintaxis, abrirá página a cuatro columnas: "Un hombre muerto y ocho heridos, tras el ataque con lanzagranadas...". En días como hoy, además, suelen producirse coincidencias. A la hora de comer, en un *burger* de la calle de Casp se incendia la freidora. Humo, mucho humo. Los bomberos, que todavía trabajan en el puerto, tienen que desdoblarse hacia el centro de la ciudad. Las sirenas rebotan y hay mucha gente por las calles que se pregunta de una a otra. Los caminos que atraviesan el puerto están atascados. Las radios en los coches dan razón del desasosiego. Es una hora frágil y hay conductores prendidos a mil negocios que maldicen calladamente con los dientes apretados.

Una ciudad no puede ser nunca una patria. Una ciudad es algo demasiado tangible, demasiado dialéctico, demasiado dialéctico. La patria ni se usa ni se ensucia. La patria es un mapa y la ciudad una calle. La patria no se discute —a riesgo de destierro— y la ciudad no puede ser —ni aun en sus épocas más felices, más unánimes— otra cosa que discutible. En la ciudad viven hombres, en la patria, sólo patriotas.

Cuando un patriota —no importa la patria, el concepto es universal y hermético, axiomático— atenta contra la ciudad inerte y confiada, la ciudad se interroga perpleja, sufre y parpadea. Y busca la explicación imposible: el móvil por el que alguien en nombre de una patria vasca estampaba un par de granadas sobre los muros de un puerto, haga estallar huesos en coches y muros.



CONSUELO BAUTISTA / ANTONIO ESPEJO

servir el impacto que dejó la primera granada entre las dos
 Gobierno Militar (arriba). Interior de uno de los despachos del

Un impreciso sistema estrenado en 1980

EL PAÍS, Barcelona

ETA ha cometido 23 atentados con lanzagranadas desde 1980. La última acción de estas características fue cometida hace cuatro años contra la casa cuartel de la Guardia Civil de Balmaseda (Vizcaya) sin producir víctimas.

Fue la extinta ETA político-militar (ETA p-m), algunos de cuyos militantes se integraron en ETA militar (ETA), la que estrenó este sistema, caracterizado por su imprecisión, el 9 de enero de 1980 con un lanzamiento contra el Gobierno Civil de Navarra. La mayoría de los blancos de los lanzagranadas han sido acuartelamientos policiales o edificios oficiales. El segundo atentado con lanzagranadas fue contra el palacio de la Moncloa: un cohete de fabricación norteamericana impactaba en el helipuerto del complejo el 22 de febrero de 1980.

Vicente Beti, la víctima mortal de ayer, es el segundo muerto que se cobra la banda terrorista con este sistema: Un policía falleció el 17 de abril de 1982 y otros seis resultaban heridos al ser alcanzada por varias granadas anticarro la tanqueta con la que patrullaban por una zona rural cerca de Pamplona.

Los atentados con lanzagranadas son espectaculares. Así, el 8 de mayo de 1986, Antonio Hernández Gil, entonces presidente del Consejo General del Poder Judicial, resultaba ileso en el atentado terrorista que sufrió en Madrid cuando tres granadas anticarro colocadas en el maletero de un automóvil penetraron en su vehículo oficial. Semanas después, el 21 de julio, ETA ponía en evidencia la seguridad del Ministerio de Defensa lanzando seis granadas anticarro contra su sede. El contraalmirante Carlos Vila fue la única autoridad que resultó herida de consideración. Dos granadas penetraron en el edificio y una tercera estalló a sólo un metro del despacho del ministro, Narcís Serra.

sicencia, casi me coge. En media hora, todo está decidido y anotado, puesto en sintaxis, abrirá página a cuatro columnas: "Un hombre muerto y ocho heridos, tras el ataque con lanzagranadas...". En días como hoy, además, suelen producirse coincidencias. A la hora de comer, en un burger de la calle de Casp se incendia la freidora. Humo, mucho humo. Los bomberos, que todavía trabajan en el puerto, tienen que desdoblarse hacia el centro de la ciudad. Las sirenas rebotan y hay mucha gente por las calles que se pregunta de una a otra. Los caminos que atraviesan el puerto están atascados. Las radios en los coches dan razón del desasosiego. Es una hora frágil y hay conductores prendidos a mil negocios que maldicen calladamente con los dientes apretados.

Una ciudad no puede ser nunca una patria. Una ciudad es algo demasiado tangible, demasiado concreto, demasiado dialéctico. La patria ni se usa ni se ensucia. La patria es un mapa y la ciudad una calle. La patria no se discute —a riesgo de destierro— y la ciudad no puede ser —ni aun en sus épocas más felices, más unánimes— otra cosa que discutible. En la ciudad viven hombres, en la patria, sólo patriotas.

Cuando un patriota —no importa la patria, el concepto es universal y hermético, axiomático— atenta contra la ciudad inerme y confiada, la ciudad se interroga perpleja, sufre y parpadea. Y busca la explicación imposible: el móvil por el que alguien en nombre de una patria vasca estampa un par de granadas sobre los muros de un puerto, haga estallar luego un coche y quiebre, como consecuencia de todo ello, el futuro de un puñado de transeúntes. De alguien, transeúnte, cualquiera de nosotros, que, estrictamente, pasaba por allí. Porque las ciudades, a diferencia de las patrias, permiten que todo el mundo recorra anónimamente sus calles, sus avenidas, sin preguntas, sin exposición de motivos. En la patria, por el contrario, no hay transeúntes. Sólo soldados que desfilan.

Agotadas las preguntas, sin embargo, la ciudad se eriza. El crizo es un animalito dócil, que va a lo suyo. Lleva una vida individual y retirada. En paz, en reposo, la cueva de su cuerpo es como una sedosa molina. Pero cuando algún canalla se acerca, de cada hebra de seda van a ver crecer una pata.

—situado frente al litar— cuando se pri eras explosio- lo. n uno de esos s ante el semáforo or salir estás tú. Un me muchos otros, is :lvajes.

pl ar la primera fachada del edifi- tre dos-ventanas o, onde deja un et. Se asoma a la curre el coche de e de color blanco, a: umiento de los pu to, con los tu- ad... sobre el capó por un cartón. No na persona o mo- el so, como des- u_policia de pai- gunta a todos los cuenta.

Inmediatamente, ve el segun- do fognazo. El cartón que cubría el artefacto salta por los aires y el proyectil sale disparado hacia su objetivo. Pero esta vez choca contra la señal del aparcamiento público del Moll de la Fusta, que desvía su trayectoria. En ese momento ve caer también, malherido, a un motorista que circula por el centro del paseo: una de las nueve personas alcanzadas por la metralla.

Una de las víctimas se encuentra en ese preciso instante cerca de un paso de peatones —¡el mismo semáforo!— junto al Gobierno Militar, donde impacta el explosivo, casi a ras de suelo: morirá poco después. Podía haberte tocado a ti, piensas. Es la ruleta de los etarras, un siniestro juego de azar en el que todos participamos a la fuerza.